

Domingo de la Sagrada Familia

“Encontraron a María y a José, y al niño acostado en un pesebre” (Lc 2.16).

26 de diciembre de 2021
Mario Michiaki Yamanouchi
Obispo de la Diócesis de Saitama

Hermanos y Hermanas:

Celebramos hoy el domingo de la Sagrada Familia.

Recordando la escena de Navidad, podemos seguir identificándonos con los pastores de Belén que en cuanto recibieron el anuncio del ángel, acudieron a toda prisa al establo, y encontraron “a María y a José, y al niño acostado en un pesebre” (Lc 2.16).

Para la Navidad de este año, además de la homilía de la Nochebuena he escrito una meditación sobre cómo descubrir en el niño del pesebre al Dios con nosotros, Emmanuel, con los ojos de dos animales del establo : el Buey y el asno. Es una meditación que hizo el Papa Benedicto 16 cuando aún no era Papa. Es una meditación muy hermosa y a la vez profunda que toca mucho el corazón.

Hoy, en esta fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret vamos a meditar sobre un hecho que sólo lo narra el evangelista Lucas : la pérdida de Jesús y el reencuentro con sus padres en el Templo de Jersusalén cuando él cumplió los doce años. Y terminaré con un comentario a la primera lectura sobre la presentación del niño Samuel en el templo y su ofrecimiento a Dios de parte de sus padres. Que es una invitación a todos los padres de no olvidarse de presentar a Dios a sus hijos, especialmente al nacer y cuando son chicos. Aquí en Japón está la costumbre de bendecir cuando los niños tienen 3, 5 y 7 años (Shichi-Go-San).

Comentario al evangelio: Lucas 2.41-52

El evangelio de Lucas en el que se nos cuenta la pérdida del niño Jesús en el Templo, fue escrito probablemente unos cincuenta años después de este suceso. Doce años es, aproximadamente, la época en que los niños comienzan a sentirse independientes. Para Lucas, esta primera subida de Jesús a Jerusalén es el presagio de su subida pascual y por ello, estos acontecimientos hay que leerlos a la luz de la muerte y resurrección del Señor.

Lucas nos presenta a la familia de Jesús cumpliendo sus deberes religiosos (vv. 41-42). El niño desconcierta a sus padres quedándose por su cuenta en la ciudad de Jerusalén. A los tres días, un lapso de tiempo cargado de significación simbólica, lo encuentran. Sigue un diálogo difícil de la madre con su hijo adolescente que, suena a desencuentro; comienza con un reproche: “¿Por qué nos has hecho esto?”. La pregunta surge de la angustia experimentada como padres (v. 48). Y los deja sorprendidos a ambos: “¿Por qué me buscaban?” (v. 49), sorprende porque la razón parece obvia. Pero el segundo interrogante apunta lejos: “¿No sabían que yo debía estar en las cosas de mi Padre?”. María y José no comprendieron estas palabras de inmediato, estaban aprendiendo (v. 50).

La sabiduría de Cristo ha consistido para Lucas en entregarse desde su joven edad “a su Padre Dios”, sin que esto quiera decir que supiera ya adónde le llevaría esa entrega. Pero en ella va

incluida ciertamente la decisión de anteponer su cumplimiento a toda otra consideración. Sus padres no tienen aún esa sabiduría.

María parece que llega a presentirla. Pero, de todas formas, respetan ya en su hijo una vocación que trasciende el medio familiar.

Y esto es algo muy valioso para cada una de nuestras familias. La educación de los hijos tiene que comenzar por una actitud de sincero respeto de su vocación. Si no, es imposible que surja la comprensión y el amor.

La fe, la confianza, suponen siempre un itinerario. En cuanto creyentes, María y José maduran su fe en medio de perplejidades, angustias y gozos. Las cosas se harán paulatinamente más claras.

Lucas hace notar que María “conservaba todas las cosas en su corazón” (v. 51). La meditación de María le permite profundizar en el sentido de la misión de Jesús. Su particular cercanía a él no la exime del proceso, por momentos difícil, que lleva a la comprensión de los designios de Dios. Ella es como primera discípula, la primera evangelizada por Jesús.

Desde una perspectiva cristiana, la familia continúa teniendo una función insustituible: ser una comunidad de amor y transmisora de la fe cristiana, en donde los que la integran puedan abrirse a los demás con una total sinceridad y confianza.

Primera lectura: 1 Samuel 1.20-22.24-28: Samuel desde niño se pone al servicio de Dios.

En la primera lectura de hoy hemos escuchado el relato del nacimiento del profeta Samuel y de cómo sus padres lo ofrecieron a Dios para que en el futuro sea servidor de su pueblo Israel, guiando a su pueblo por los caminos de la justicia y de la paz. Gracias a la sabia guía de Samuel, Israel vivirá momento de paz y de prosperidad.

El contenido del pasaje que hemos leído hoy, habla de cómo sus padres: Elcaná y su esposa Ana, apenas nacido el niño, imponen su nombre y espera que el niño deteste el pecho de la madre, para llevarlo al templo de su pueblo para ofrecerlo a Dios. Allí se encuentra con el sacerdote Elí que lo recibe, quien después de escuchar el deseo de su madre, acoge al pequeño niño Samuel como su posible discípulo que un día llegará a ser su sucesor. Así el pequeño hijo Samuel quedará en el templo con Elí para aprender a servir al pueblo desde pequeño hasta llegar a ser su guía espiritual.

Creo que el ejemplo de los padres de Samuel nos pueden ayudar a pensar un poco más en la educación y en la vocación de nuestros hijos e hijas. A pesar de vivir en un mundo que pareciera no interesar en nada de Dios, ni del evangelio de Jesús ni de la Iglesia, encontramos con padres que han aceptado que algunos de sus hijos como algunas de sus hijas, elegiesen no la vida del matrimonio, sino la vocación sacerdotal o religiosa.

Preguntémosnos:

¿de quién había aprendido Jesús el amor a las cosas de su Padre Dios? Ciertamente como hijo tenía un conocimiento íntimo de su Padre, de Dios, pero en su cultura concreta, seguro que aprendió de sus padres, las oraciones, el amor al templo y a las instituciones de Israel. Así pues, podemos afirmar que la decisión de Jesús de quedarse en el templo era fruto sobre todo de su íntima relación con el Padre, pero también de la educación recibida de María y de José.

Terminemos dando gracias el don de la fe que Dios nos ha dado y preparémonos a despedir del año que ha pasado en medio de pandemia y recibamos al Nuevo Año con mucha esperanza.